

# Argentina

direc. córdoba iturburu  
calle fitz roy num. 1949  
adm. raúl e. lagomarsino  
calle viel número 974

periódico de arte y crítica

año 1 número 1

BUENOS AIRES

noviembre de 1930

número suelto 20 cent.  
suscripción a diez  
números dos pesos m/n  
número atrasado 40 cent.

## CANTO ARGENTINO

El mar.

Yo estaba en el punto más alto del combado mar. Iba desde la tierra, donde se alza tanta pequeñez que la atmósfera sacude y empuña. En el mar, donde nada puede hacer visible su color y su movimiento, la impura atmósfera terrena tiene una mudez y una inmovilidad de cielo. Parece un poco de cielo caído sobre el mundo.

Yo estaba en el punto más alto del combado mar, allí donde el espacio descende sobre el mundo en todo su silencio y su quietud. Allí donde el universo toca al mundo.

Más allá todo es cielo, y allí donde comienza el mundo nuestro. En el mar, todavía el espacio no se ha concretado en firmeza de tierra. Es el vacío que comienza a ser paisaje. Es el espacio que empieza a humanizarse en planos. El mar es el límite de lo humano, el umbral de nuestra realidad, tan pesada que necesita un sostén, tan espesa que convierte a la luz en sombra. Viniendo del cielo, allí comenzaría a comprenderse la posibilidad de la montaña, del árbol y del hombre.

Más fértil que el vacío, más estéril que la tierra, yo lo sentía final del mundo, principio de la vida, límite nuestro. Recordaba cómo fermentan vida las aguas cálidas de los estanques y veía al mar volcado sobre la tierra, pudriéndose sobre ella para poblar el mundo. Sentía el agua de mi cuerpo, la humedad de mi carne.

Yo estaba allí como un hombre que retorna a la selva olvidada. A veces, la evocación de un color o un sonido basta, como un solo movimiento en un trezudo letargo de serpientes, para que los recuerdos de todo un pasado comiencen a removerse en el fondo de la memoria. Yo estaba allí como un hombre que retorna a la selva olvidada y empieza a reconocer nostalgias. Recuerdo de la selva. Nostalgia del mar, aún más lejana, más profunda todavía, como si todo el cuerpo, como si la sangre estuviera recordando.

El mar puro. Todo lo que es distinto a él, todo lo que muere en él, descende. El mar es tan puro, tan igual en todo su tamaño, de gota a gota, de horizonte a horizonte, que marcha sin poder cambiar porque siempre está en todo él, idéntico a sí mismo. Entonces se comprende que el mar, el mar que no ha dejado de moverse nunca, ha permanecido siempre quieto, terriblemente inmóvil desde que comenzó a ser.

Yo estaba en el centro del mar un día sin fecha. El día, porque en el mar el tiempo no tiene nombres. Sólo es un día y una noche que giran lentamente sobre las aguas sus distintos colores.

Sobre el mar yo estaba un día. Yo estoy un día, porque retornar a ese lugar significaría regresar a aquel momento. Nada habría cambiado. Volvería al mismo instante, ya que es solamente en nuestra pequeñez y en nuestra fugacidad donde el espacio y la eternidad se subdividen en distancia y en tiempo. Yo habría cambiado, pero no el momento que está sobre el mar. Nadie ha marcado ese tiempo. Por eso, en el mar, aún perdura el primer día.

Perdurará porque en el tiempo y el espacio del mar jamás habrá lugares. Sobre el mar indivisible nada mortal dejará su rastro. Y es en los rastros mortales donde la eternidad se concreta en tiempo, como la luz al ser detenida se revela en su resplandor.

No en lo mortal sino en sus rastros porque, al morir, cada vida sepulta su tiempo. Así, en la naturaleza no existe un solo rastro del pasado. Toda vida es una fervorosa expresión de presente. La superficie del mundo se renueva siempre y en el campo, en cada árbol, en cada hierba se comprende que la tierra, la vieja tierra, se está renovando constantemente. La vieja tierra: yo colocaría a un niño frente a un paisaje, le haría tocar la frescura de las hojas, oler la fuerza de las flores, sentir la humedad de la tierra. Y si yo le preguntara cuándo fue creado el mundo, si yo le hiciera olvidar que en la víspera ya estaba sobre el mundo, él me respondería: —Esta mañana.

La vida más humilde es una rotunda afirmación de presente. Todo es presente. Lo muerto no existe. La muerte ni siquiera se gesta en las agonías porque las agonías son la más desesperada manifestación de vida. Hasta el recuerdo de algo muerto no es una sombra del pasado sino una construcción actual que intenta rehacerlo. Lo único que no es presente absoluto o pasado perfecto es el rastro mortal, lo que existe sin vida y, por ello mismo, sin poder morir. Es la obra del hombre, lo construido por la atormentada vida del hombre para sobrepasar la muerte. Y en esa rebelión contra el destino es donde el tiempo se detiene: en lo que ha sido hecho por la vida y no ha muerto; en lo que no muere sin llegar a ser inmortal, porque envejece. Por eso el tiempo no toca la montaña y oscurece las obras de los hombres.

Y en el mar jamás dejará el hombre una constancia de su vida. Solamente lo cruzará, de una tierra a otra tierra, con la humanidad en suspenso, como se contiene el aliento a través de una atmósfera irrespi-



Dibujo

Emilio PETTORUTI

rable. La atmósfera del mar está enrarecida de vacío y eternidad.

Una tabla, un barco o un ahogado, tienen la misma insignificancia bajo el espesor de siglos que hay entre el cielo y el mar.

Ese es el punto donde el mundo está más cerca del cielo. El mar es más alto que la montaña. Desde allí, la visión de la tierra es redonda, pequeña y precisa como los globos terráqueos que yo miraba en mi infancia sin saber que eran la idea más exacta que los hombres se han formado sobre el mundo.

La grandeza del hondo mar y de la montaña levantada también decrece, como el azul y el marrón de las hermosas cartas oro-hidrográficas, hasta confundirse en las dulces curvas claras de las playas. Los países tienen colores distintos. Y las ciudades son pequeñas como puntos; para verlas es necesario llegar hasta ellas, como el dedo que recorre un mapa.

Yo estaba en el punto más alto del combado mar. Y sentía que el mar llegaba hasta mi patria, hasta el borde de los tres millones de kilómetros cuadrados de mundo que es mi patria.

Y deseaba cruzar el último horizonte; doblar hacia el Río de la Plata, estrecho como una calle; entrar en Buenos Aires, pequeña como una casa, y gritarle a los hombres que están inclinados sobre sus vidas, de espalda al horizonte que han cercado de muros y de costumbres.

Gritarles que la ciudad está perdida en el fondo de los días y de las noches, que es apenas un breve resplandor en la claridad del día, el perfil de un pequeño bosque sobre el horizonte oscuro de la tarde y una isla fosforescente flotando en el agua de la noche.

Es necesario alejarse por el río para ver realmente la ciudad. Y estar en el mar para comprender la tierra.

Yo diré lo que he visto sin mirar, lo que he escuchado sin oír, lo que he sentido sin pensar. Percibí que manejaba mis sentidos concientemente, como mis manos, y no quise seguir eligiendo colores y sonidos. Abrí mis sentidos como cinco ventanas y en un momento no comprendí si todo el espacio había entrado en mi cuerpo o si yo había salido hacia el espacio. Tal vez no fue más que el asombro de haber recuperado momentáneamente el verdadero y perdido tamaño del hombre.

Arco del mar. Siguiéndolo, llega un instante en que se está a punto de dejar el mundo. Luego, se comienza a caer nuevamente hacia la tierra.

Desde esa altura es visible el tiempo, denso de destino, que se acerca a los hombres inclinados sobre sus vidas e ignorantes de que el presente, que sus manos aprietan, es un rumor del porvenir que llega.

Hablaré del destino que he visto en marcha, rumbo hacia mi patria. Lo diré y nadie levantará los ojos porque los hombres están inclinados sobre sus vidas, cercados de muros y de costumbres, de espaldas al mundo.

Y yo diré lo que he sentido entre el cielo y el mar, en ese vacío de distancia y de tiempo, en ese hueco de eternidad donde las imágenes de los pueblos y de los siglos cruzan, pequeñas y perdidas, como los hombres y las horas por las calles de una inmensa ciudad.

Pondal Ríos

EN EL INTERIOR DOS POEMAS INEDITOS DE RICARDO GUIRALDES

## S. O. S.

Erdosain se pone las manos sobre las cejas a modo de visera. Se diría que se quiere proteger de un sol invisible. Vislumbra distancias que abundan una fiereza en su corazón. Allá, en esa distancia desdoblada de su alma, camina una multitud. Su poética multitud. Hombres crueles y grandes que claman por un cielo de piedad. Y Erdosain se repite:

—Es necesario que a nosotros nos sea dado el cielo. Concedido para siempre. Hay que agarrarlo al terrible cielo.

El sol invisible rueda cataratas de luz ante sus ojos; en las tinieblas Erdosain siente que el furor atenace a sus carnes, se las coge como pinzas y hasta los dientes se le retuercen en los alveolos. Chasquea la lengua y se lubrica las encías. Las palabras se amontonan en él, rebotan buscando un eco de simpatía. Y se dice:

—Es necesario odiar a alguien. Odiar ferientemente a alguien y ese alguien no puede ser la vida.

Se acaricia las sienas como si no le pertenecieran. La carita de la criatura que se apretaba un día en el tren contra su flanco, desniva la ternura que almacena. El relieve de amor encrespa sus nervios, inclina la cabeza y en la oscuridad de sus sesos deja que se bifurque un deseo:

—Pensemos. ¿Qué es el hombre?

La pregunta ha estallado como un terrible S. O. S. (Salvad Nuestras Almas). Allí está el equivalente. Cuando él pregunta qué cosa explicable es el hombre, otro grito surge de él y se aboca al universo invisible ladrando desesperadamente: Salvad Nuestras Almas. Grito de sus entrañas. Como si estuviera preñado se mira con susto el vientre. La voz desarrolla en película sorda:

—Yo estoy más allá de la tierra. Yo, con mi carne pesada de tristeza, mis ojos apagados y mi mejilla abofeteada. Yo, siempre yo, yo.

Y Erdosain hunde la cabeza en la almohada. Así se escondían bajo bolsas de tierra, los hombres gusanos cuando silbaban en el espacio candente de explosiones, las granadas y los "sralph-nells".

En verdad quiere parapetarse de este sol invisible que le diezma las entrañas. Las oleadas de luz entrechocan como bloques de acero. Cielo, tierra. Quizá esté entre cielo y tierra. ¿Qué sabe él? Está perdido. Tal es la verdad. Perdidito entre los hombres como una hormiga en una selva removida por el furor de un cataclismo. Y se dice despacito, apretándose casi el vientre:

—Es necesario que yo lleve esta selva sobre mis espaldas. Que esté así. Aunque todo sea una comedia. Que cargue con el gran bosque que no existe y la montaña y dios y el hombre. Si en verdad en ninguna parte se pueden encontrar la selva y la montaña y dios, estas palabras pesan. (Erdosain se aprieta las orejas. Cierra los ojos.) Que yo lleve todo. Bueno.

El semblante de la Criatura amanece en él. Erdosain no quiere hacer el milagro de llevarse la mano al pecho y sacarse como de dentro de un estuche el corazón, cubierto de una película de sangre pálida que conserva el calor de su amor. Erdosain se revuelve como un epiléptico en el cuarto negro. Sólo aguzando la mirada distinguirá en el espejo su sombra equidistante.

—Es necesario hacer algo. Clavar, en medio de la civilización, un suceso que sea como una torre de acero. En torno se arremolinará la mul-

titud y la humanidad. ¿Con qué puede castigarse al hombre? Con Odio o con Amor.

Ahora se acuerda de la muchacha que le hablaba del alto horno, de las muflas y de la fundición de cobre. Rápidamente alinea en el negro fondo del espejo los muñecos de carne y hueso que conoce. Se dice:

—Esto mismo hace el Astrólogo. Esto mismo lo hace el Rufián Melancólico. Esto mismo hace el Buscador de Oro. ¿Quién será entonces el demonio, el gran demonio que los retuerza a todos? ¿Quién traerá la gran verdad, la verdad que ennoblezca simultáneamente a los hombres y a las mujeres, que les enderece las espaldas y los deje sangrando de alegría? (Una fuerza infinita se infiltra en los tendones de Erdosain.

## FE DE ERRATAS A UNAS BASTARDILLAS DE LUGONES

El enorme intelectual Leopoldo Lugones ha conversado últimamente, en LA NACION, sus manifiestas incomprensiones de arte. Su demonio familiar — el error — le ha dictado una prosa que un inteligente linotipista nos dio en bastardillas.

Desganada, deshivadamente, pretende comunicarnos una fuerza intrascendente que sólo permanece en su físico. Un hombre de intenso cansancio espiritual, incapaz de situarse en la modesta paz que dignifica los atardeceres, quiere promover una guerra ya imposible. Para ello recurre a memorias nobilísimas (por ej. Beethoven) descansadas ya definitivamente en nuestra cotidiana aceptación de sus grandezas. El comunicativo talento del que inventara sitios tan saturados de arte como "El Solterón", pretende revelarse espíritu motilero frente a lo que está sucediendo tan implacablemente como florecieron los tercetos del Dante o las sonatas de Beethoven, es decir, fuera del resumen trivial que ellos mismos dictaron a estéticas posteriores.

Desordenadamente, en haragana prosa opaca, Lugones quiere dictar su destino — particularísimo, respetable — a otras vidas, a otros cargados destinos que también quieren conversar su delicada palabra de eternidad.

¿Cómo decirle que comprenda la exaltación viril de la juventud que busca infundir su momento de siempre, que es ahora?

Hombre que aportó el "Lunario" a nuestra escasa realidad argentina, merece menos desdichado final. Sus días no saben contraerse a la obediencia y la espera. Maniatizado frenéticamente en la destrucción de fantasmas que sólo su cansada vista le presta, con técnica de esgrimista o danzador quiere hacernos viviente su bostezada realidad.

Lo amortajan ya, a destiempo, los estrambotes, rimas lujosas, etc., — chusma del arte, nomenclatura de pedantes — que no pueden oponerse al honesto y minucioso vivir de los que quieren darle un alma a la Patria.

Ulises PETIT DE MURAT

En el fondo del cuarto su espalda parece abovedar al techo y soportar la caída de la muralla. Esta Vida, la Vida, no puede ser así.

Durante un instante se interrumpe como si tratara de recoger el zumbido de un motor eléctrico, luego insiste:

—A pesar de todo, la Vida no puede ser así. Como el bloque de acero de la cúpula de una fortaleza subterránea, la palabra pesa sobre él:

—La vida no puede ser así. Esta vida. Es necesario cambiarla, aunque haya que quemar los vivos a todos.

Erdosain inadvertidamente ha vuelto los ojos a su flaco brazo desnudo y las venas hinchadas levantan el vello de su epidermis. Quisiera ser lanzado al espacio por una catapulta, pulverizarse el cráneo contra el muro para dejar de pensar. La Vida, de un rápido tajo, ha descubierto en él la fuerza que sólo se puede alimentar de una verdad. Fuerza desnuda como un nervio, fuerza que sangra, fuerza que él no puede vender con palabras. El no puede, por ejemplo, ir a la montaña a rezar. Vestir un hábito de arpillera y pedir limosna con una "latita" en la mano, como le recomendaba el Astrólogo a Barsurt. Ser santo. ¿Para qué ser Santo? Una plenitud de música trabajada con pulmones de órgano colma el pecho de Erdosain. Necesita obrar. Sonríe levemente como si convaleciera de una enfermedad. A medida que su sonrisa se hace más liviana y desvanecida se perdona más y más la contradicción que surge en él:

—De no ser Santo, organizar la Academia de Revolucionarios. La Facultad de Ingenieros de la Revolución. ¿Por qué no? Así como hay ingenieros electricistas puede haber ingenieros de revolución, técnicos de fuego, maestros en el arte de estudiar e infiltrar esta necesidad de cielo en hombres que tendrán que convertir la tierra en un infierno para que su ensueño se realice.

Roberto ARLT

De la novela en preparación "Los Lanzallamas"

## DIBUJOS DE PETTORUTI

17 dibujos expone Emilio Pettoruti en la galería Müller. Composiciones en negro y blanco, a veces con un poco de rojo. Densidad de trazos, líneas en diversos sentidos reemplazan al color. Damos, mosaicos, guardas, denotan una paciencia, que luego en el conjunto desaparece. Armonía de volúmenes, equilibrio de masas.

Expresionismo, libre ya, de lo intelectual, de lo germanizante; todo es aquí nitidez, claridad. Las fruteras, los manteles, son un leve cezanismo a dos colores, y un trazo blanco sobre fondo negro nos dice la frescura desalterante de un vaso.

Pettoruti nunca se desdice, nunca sigue la moda. Retrato al óleo, naturaleza muerta en tinta china es siempre la manifestación de una misma inquietud personal. La impresión de equilibrio y serenidad que emana de sus obras, nunca es causada por la llamada facilidad — cansadora a veces — sino al contrario, por una dificultad superada, por una construcción proporcionada, sincera y fuerte, por esa que al indicarnos lo racial en el arte de Pettoruti, nos hace ver ahí la expresión plástica de las columnas de Veronese.

María Rosa OLIVER

## LA ESCULTURA DE ANTONIO SIBELLINO

La escultura no es en nuestro país la más feliz de las artes. La sección que en el salón Nacional se le reserva cada año lo demuestra. Lo plástico y lo poético han sido desterrados de allí con un absolutismo que revela la chatura de nuestra factoría, su falta de vida espiritual, su atonía estética, su dolorosa vulgaridad. Nuestros escultores, además, no se han detenido — sino por rarísima excepción — ante los problemas específicos de su arte. Y el verismo rebajador de la realidad, la simbología, la búsqueda epidérmica de finuras y morbideces y cierto afán decorativo, con tendencia al desvanecimiento lineal, anulan toda posibilidad escultórica.

Frente a ese espectáculo, en que la falta de fuerza plástica es lo característico, la escultura de Antonio Sibellino contrasta con violencia. Libre de la preocupación mezquina del detalle, su obra es el resultado de una fuerza generosa y desenvuelta, manejadora de bloques. Como en todo estatuario nato, seguro de su visión y de su ciencia, su técnica es la de las grandes síntesis. No resuelve, por eso, en fotografías el amor y el respeto de la naturaleza sino en una religiosa exaltación de lo vital que anima y plasma la fisonomía de las formas.

Como consecuencia de esta posición de su sensibilidad su obra es fecunda en el placer puramente plástico que proporcionan los planos que huyen en la limpieza de un movimiento rápido, las masas musculares en las que se siente un acumulamiento de fuerza próxima a desplegarse y los cuerpos en que el vigor, espiritual o físico, está en la espera serena pero segura de la acción poderosa.

Una necesidad imperiosa de creación monumental lo anima y es en razón de esa exigencia íntima que sus figuras — con abstracción absoluta de sus dimensiones — crecen ante el espectador y se afirman en una autoritaria dominación de espacio. Claro está que no es ajeno a este resultado — sino fundamental en él — la certeza de su instinto arquitectónico y una noción agudísima de la composición que le permite realizar bajorrelieves en que la disposición de las masas, sólidas y pesadas, se resuelve en un ritmo lento y alcanza, a veces, un equilibrio emocionante.

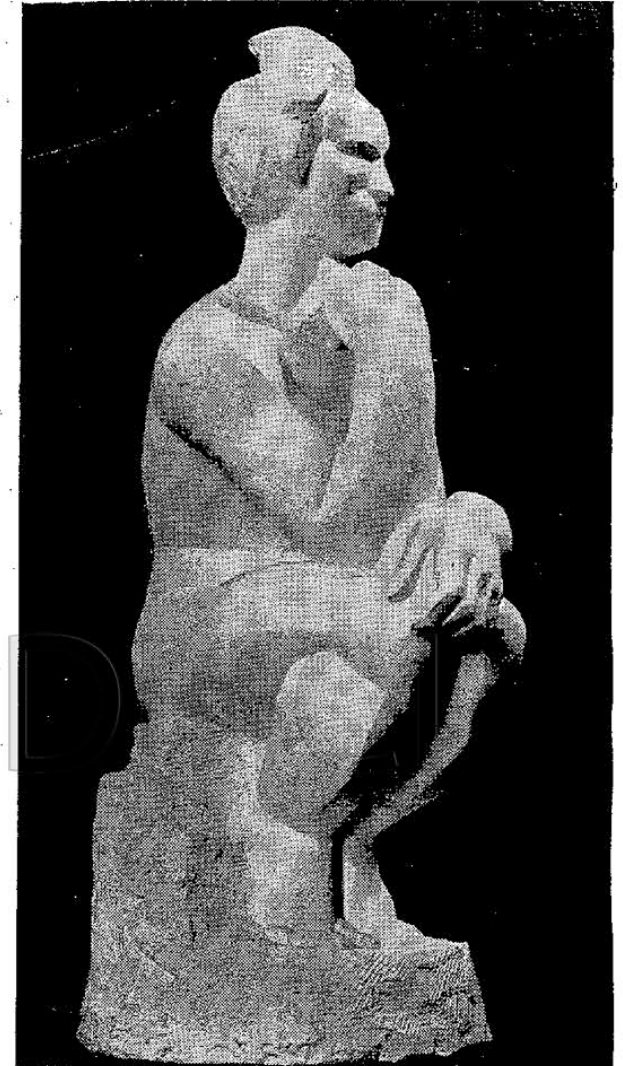
A este equilibrio — que le es característico — como a la solidez de sus obras obedece esa sensación que nos proporcionan de acordes e incorporadas definitivamente al medio en que se hallan como ocurre con las montañas y las rocas, esculturas naturales sobre las cuales la gravitación actúa, no como una imposición, sino como una legitimación de su derecho a estar sobre la tierra.

Una condición hace evidente el análisis cuidadoso de los yesos de Sibellino. Su independencia. Su obra es suya, original, es decir, tan libre de la pura exterioridad moderna — grotesco facetado, neo-arcaísmo — como del tradicionalismo convencional, igualitario y borroso, enemigo implacable de lo inesperado inédito, de lo sorprendente verdadero en que consiste el mérito cardinal del arte.

Su modernidad, sin embargo, es innegable. Pero no radica ella en un simple sometimiento a ciertas orientaciones formales sino en el acento, en el tono peculiar de su obra. Esta escultura — es necesario subrayarlo — tiene un tono,

que su angustia de revelación marca sus figuras y sus bajorrelieves.

Esta plástica severa, mortificada por un ascetismo, por una disciplina escultórica sin concesiones, es el idioma de un hombre que trasmite un mensaje de humildad y de pureza. Sus obras



Hombre

Antonio SIBELLINO

el idioma sin afectación de un hombre de hoy.

La escultura de Sibellino es fuerte y delicada. El contraste entre su fuerza plástica y su delicadeza espiritual contribuye, seguramente, a determinar ese singular acento suyo. Pero éste no reside sólo en ese contraste. Es el resultado complejo de una necesidad íntima de expresión. Estamos ante un artista que tiene una armonía interior que comunicar. Su acento es el sello con

están cargadas de sentido humano. Lo espiritual es su sustancia, se trate de la fuerza incontrastable de una vida interior intensa o la dulzura de ciertas psicologías infantiles. Cuando la carne del hombre está presente es la carne sin sensualidad, pura, regida por las fuerzas inocentes y sanas. Carne del niño que juega y sueña, de la madre que crea, del hombre que piensa recogido como un resorte en sus energías.

Córdoba Iturburu

**EN LOS PROXIMOS NUMEROS** colaboraciones de Roberto Arlt, Atalaya, Brandán Caraffa, Jorge Luis Borges, Córdoba Iturburu, Augusto Mario Delgado, Guillermo De Torre, Norah Borges De Torre, Leonard Estarico, Macedonio Fernández, Oliverio Gironde, R. Gómez Cornet, Luis Góngora, Enrique González Tuñón, S. Ganduglia, Raúl González Tuñón, R. Ledesma, E. Mallea, Carlos Mastronardi, Evar Méndez, Ricardo Molinari, Bartolomé Mirabelli, D. Novillo Quiroga, Norah Lange, Nicolás Olivari, Roberto Ortelli, María Rosa Oliver, Ulises Petit de Murat, Emilio Pettoruti, Pondal Ríos, E. Keller Sarmiento, Soler Darás, R. Rivero Olazábal, H. Rega Molina, R. Scalabrini Ortiz, R. M. Setaro, Luis Saslavski, A. Vallejo, P. J. Vignale, E. Villalba Welsh, Xul Solar.

## DESPEDIDA DEL CINE MUDO

Y hubo un tiempo en que el cinematógrafo era mudo, resbaladas figuras grises en la tela. Pantomima. Naturalmente la gesticulación artificiosa, exagerados los movimientos, y las actitudes. Los que por primera vez presenciaban una exhibición, abochornados ni lograban concentrar su atención, ni podían sondear esos figurones, permanecían ajenos, ajenos a mil apretados convencionalismos que sólo los afectos a ese extraño espectáculo conocían. Pero lo más curioso es que el orgullo se les rebalsaba. A la humanidad había dividido en dos grupos. Los que no, y los que sí entendían de cinematógrafo y estos últimos no admiraban en él lo que ya tenía entonces de más o menos perfecto; no, era justamente por sus defectos que lo contemplaban y que hasta lo amaban, porque había seres apasionados, verdaderos amantes de ese espectáculo imperfecto.

Les bastaba encontrarse para reconocerse, dos palabras cruzadas y hablaban al unísono. Estaban repartidos por todo el mundo, guardaban en común innumerables recuerdos. En Ottawa, en Versalles, en Buenos Aires, a la misma edad, habían visto la misma película. Esto les daba fuerzas. Tenían palabras para explicarse. Toda una lógica a su servicio, un stock de imágenes. Conversaban del descanso en el silencio, de la sustitución del personaje por sí mismos, de la evasión de su yo interior, de la educación cinematográfica, y de la sugestión. De esta palabra hacían un insoportable abuso.

Entonces se alzaría una voz. Buscará frases premiosas, pero éstas caerán en el vacío, en la incompreensión de los que nunca conocieron el cine mudo, en la sorna y el triunfo final de aquellos que nunca lo comprendieron. Comenzará nuevamente con la sugestión, con el encanto que residía justamente en el silencio, en la medida de una sonrisa, en la exacta insinuación de un sabio mirar, marchará de la sugestión al silencio, del silencio al yo interior, en derrota, sin recoger un instante de claridad, un instante de tímido triunfo. Abandonará la explicación, su fuerza será una debilidad consolada, guardar para sí, algo que otros nunca han de comprender.

Pero el cine mudo ya no estaba en su apogeo, cuando surgieron los primeros parlantes. El grupo compacto de los que lo comprendían habíase subdividido. Había escuelas, había sectas, había bandos. Se distinguían a primera vista por nacionalidades. Entonces se hablaba del cine americano, del alemán y del ruso. Frente a grupos invadidos por una pedantería insoportable, que aplicaban a un espectáculo más o menos divertido, toda una serie de técnicas aprendidas en tratados, se situaban otros, víctimas de un romanticismo sin trabas. Los había que daban importancia a la historización y quienes se la negaban (esto se denominaba cinematógrafo puro), había admiradores de las llamadas proezas de cámara, proezas consistentes en la mayor incomodidad posible al enfocar las escenas. Había maquinistas animalistas, intuicionistas, etc. Rusia que era entonces un país pobre, sin medios económicos en estado posrevolucionario, mentía al extranjero con cinematógrafo de malas máquinas, de malas luces, de malos actores, tenía sin embargo sus admiradores apasionados. En el fondo todo era, y ellos no se percataban, cuestión de costumbre. El acostumbrado al sentimentalismo pudoroso de las películas americanas, realizadas con cierta perfección técnica y artistas especialmente seleccionados, sólo esas películas soportaba, y si había quien prefería el cinematógrafo alemán, romántico, sensual y pornográfico, o el ruso, socializante, pobre pero aventurero, era generalmente por ser la mistura a que se había habituado. Y al desorden dentro de la familia de los cineastas, agregábase un tumultuoso desorden exterior. En todos aquellos que habían sido puestos de lado y mirados con desprecio, por no entender de cinematógrafo, despertaba bruscamente un tardío amor propio. Si en un principio habían considerado al cinematógrafo diversión de chicos o de sirvientes, movidos por mil resortes misteriosos, se retractaban. También ellos experimentaban su sugestión, también ellos entendían la mentida gesticulación de esas fotografías animadas, también ellos sabían

## PROLOGO DE LA NOVELA DE LA "ETERNA" Y DE NIÑA DE DOLOR, LA "DULCE PERSONA", DE UN AMOR QUE NUNCA FUE SABIDO

Prenotado.  
Entre prólogos se hallará explicada la lentitud de este título. Trátase de la inauguración de los "Títulos Textos" o "Títulos Lectura", que consiguen al lector de vidriera, para aprovechar la mayor circulación que ésta procura a las tapas sobre la del bulto interior del libro, secundada luego por ese circulador de fósforo encendido y prestador de fuego al otro cigarrillo, que tenemos, muy cordial también, en lo literario: el prestador de libro que, uno solo, si consigue pensión del "Fomento del Libro" y longevidad de los tónicos (estos son la religión que nos queda, además de las dos religiones argentinas: la fe de que quien vaya al Paraguay volverá con un loro y la de que con un queso Taffi se vuelve del norte, o no nos creen regresados; de allá no se puede traer de vuelta, son otras aves, tres filósofos, como lo pueden aprovechando la baratura de todo en Europa, los ricos argentinos que van en jira y traen de paso), hace edición a un ejemplar solo, y parece que el agotamiento de venta no hubiera empezado por ningún comprador, tan lejos lo deja e invisible lo hace a éste el largo trayecto de la circulación prestada. Se calcula cien lectores de tapa por uno de libro; títulos-texto y tapas-libro no erran lector; son la única esperanza de un gran radio de acción de la brillante literatura, las más de las veces, la guardada y secreta literatura, recatos que no la contentan.

En el año se tiene dos momentos en que hay tiempo, y puede dejar de haberlo luego: en mayo hay tiempo para hacer uno el primer sobretodo con gripe de ese invierno, y en septiembre para hacer el primer sombrero de paja en la calle; tan importantes fechas y actos que se puede jurar por ellos. ¡Juro por el primer sobretodo que tosa este año, que quisiera fuera mi novela la primera en salir en él, porque ella es estrelladora, en tanto que la del realista Arlt, el bajador de estrellas Arlt (Arlt, ¿no está de más la vocal?) saldrá después y hallará a todo el público fuerte de espiritualismo y de esperanza por haber leído la mía. Este es año de haber una mejor novela del año; así la de Arlt será la mejor del año en que aparezca la mía, lo que ya es algo; es gran argumento ante jurados de concursos y desinteresadamente, como se postula un premio, aconsejo usarlo y decir: Vean que mi libro es bueno aunque hay el de Macedonio Fernández. Yo a mi vez llegaré ante el jurado con mi novela diciendo: Vean que esta es buena, aunque hay la de Roberto Arlt, "Los siete locos".

Macedonio FERNANDEZ

soñar en esas salas anochecidas la imaginación despierta en mil figuraciones.

Fue entonces que surgieron las primeras películas parlantes — apenas el esbozo de lo que el cinematógrafo sería más tarde — y se desataron todos en teorías, los había permanentes enemigos de la innovación. Otros que transaban con los ruidos, pero no con las palabras, — estas cosas parecen hoy absurdas — otros que soste-

nían, maduros de cándidez, que mientras el sonido no saliera exactamente de la boca de los actores, el sistema no progresaría y quienes pretendían que la voz, sólo reemplazara los títulos de las antiguas películas, o que no existieran diálogos, únicamente monólogos. Y se hicieron películas con inimaginables diálogos, pesados y agotadores, y también se hicieron con cada palabra ahogada por el más apretado silencio. Se desvalorizaba la imagen o la palabra. Pero pese a tanta teoría el cine hablaba, y no callaría ya más.

Hay otra manera de despedirse. Es más sentimental, es para nosotros, para los que recordamos las películas de Melies, Romeo y Julieta, Las transformaciones de una flor. Para los que sabemos de las primeras películas americanas, las que comenzaban con un indio, la mano a guisa de visera sobre las cejas escudriñando el horizonte, las que al principio presentaban formalmente a los personajes. El padre: un señor de pelo blanco que fumaba una pipa. La madre: tejiendo pero de inmediato sonriente cuando la sorprendíamos. La heroína de rulos rubios, el galán con un trajeito a cuadros. El traidor. No para los que han ido al cine por secciones, sino para nosotros los que hemos entrado a las 2 y salido a las 7 de la tarde, los domingos. Para los que hemos pateado desesperados cuando los cow-boys al galope cruzaban todo el cañón del Colorado, por salvar a los rulos rubios, atados a un poste dentro de la choza en llamas. Para los que el cinematógrafo ha sido la infancia, la adolescencia luego, hay otra manera de despedirse. Buscar un lejano cine de barrio, un cine que aún tenga campanilla a la puerta repicando durante los intervalos. Los hay. Dedicarle una tarde. Frente a cualquier película muda, frente a un pianista cansado, de esos a los que bruscamente alguien les grita ¡Música! desde la platea, frente a lo que fue, fingir interesarse hasta lograrlo, y recoger blandamente las imágenes.

Luis SASLAVSKI

## Versión fugitiva - literaria del 6 de Septiembre

(Con décoras y boquetes)

N. — Damos a continuación el itinerario y desarrollo de la gloriosa marcha inédita del valeroso Néstor sobre "La Peña". Como es sabido, la batalla se decidió a golpes de Kodak, con desplanto y pañoleta y sin sombreros que lamentar.

A las 6 de la mañana las tropas desembarcan del bote de goma en Blanco Encalada y Cabildo. Hurganiñas inicia el bélico empuje. El prudente Ulises huye despavorido. Varios escuadrones se bañan en el Entubado. Xul prepara la defensa desde el plagicieo, pero como todo el Palermo de acción lo respeta, Solal retrocede a pentecinas sin encontrar amparo. Dellepiane sucumbe en su crema, mal vencido y tinto en sonetos. Los jacobinos ametrallan desde el Molino Rojo. Humo prepara las trilladoras en fuga por Entre Ríos. Triunfantes los de Hurganiñas, evolucionan hacia "La Peña", pero frente al Camuati los alevosos hacen una descarga de mantecados. Néstor enarbolando su tripode destarata la ripioteca y tortoniza en "La Peña". A poco de su arribo clama: ¡Victoria! ¡Victoria! El sonetaje derrotado se desbanda sin escribir. Los escuadrones de todos los sexos se le rinden, y capitula el comité de no-leídos. En la azotea del Tortoni se descubre un pantógrafo envuelto en jugo de Tomatis.

El Plan, capitaneado por el matador de 8 cangrejos, se apresta a la contrarrevolución. Los jacobinos lo respaldan firmemente chalecados en Vieytes. Pero en el Hospicio suben bandera de remate y Néstor afianza su Victoria sobre la Capital echa baldío. "Chloe" lo proclama Rey del Hueco. Las más vencidas le obsequian un casco de bombero y la pertinente vitrina.

C. A. M. y R. M. S.

## DOS POEMAS DE RICARDO GÜIRALDES

## CANGREJAL

Tu vasta esterilidad ha resuelto el cero del horizonte contra el cual podemos girar sin toparnos con variación alguna. Estás como un plato de nulidad interceptando la continuidad del cielo. Y nos sostienes en un centro obligado privándonos con tu negativa de movimiento.

¡Qué vasto es tu gesto de invitación a la muerte! ¡Cómo entra impositivamente en nuestra desesperada obligación de vivir, tu igualdad desesperada que parece sobrevivir en tensa nota de una fracasada voluntad de ser!

Poco a poco reconozco tu verdad y comprendo que mi alma ha creado el dolor de la senda que a ti llega por las torcidas congojas de la duda. Tu pajonal amarillo y seco ha bregado contra la imposibilidad de una gran risa de vida. Tus barriales negros son pasiones condenadas, amplias sedes de agua esperada para reflejar cielos. Toda tu rígida soledad es la fiebre inextinguible e irremediable del amor negado.

Cae la tarde. Un oculto hervor tiembla en tu sensibilidad; tal vez voy a ver tu dolor concretarse. También en mí algo tiende a desagregarse como si mi alma fuera a llorarse a sí misma en coágulos.

La epidermis lóbrega de los pantanos se inquieta y vive en desesperados grumos. Y oigo el sordo gemido del movimiento; miedo que se quiere huir o voluntad de nacimiento que se de lata en lo obscuro. El sol poniente no me salva. Su oro grita de fiebre en la larga desolación del dolor inconcluso que lo llama en los pantanos sin facultad de acoger su alegría.

El sol apenas sabe entibiarme como un escalofrío del cual preveo el futuro tabletear de dientes.

De cada poro dolorido de la tierra enferma asoma el sudor de barro de los cangrejos. Cada uno revienta como en fétida apariencia de una ampolla de viruela y queda ahí como asombrado de su nacimiento. Yo sufro esa eclosis en toda mi carne y no sé ya sino pertenecer a trabajos de tortura que se agrandan fuera y dentro de mí.

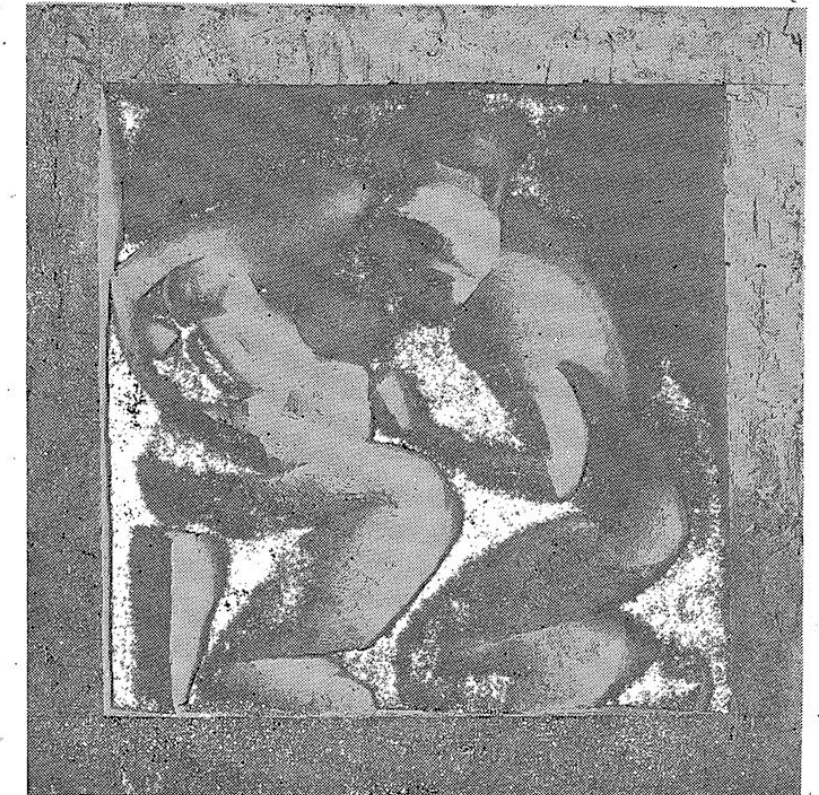
El sol se ha agachado para no ver.

Entonces en el rojo de su vergüenza la extraña danza de silencio remueve todo el barrial en un andar sesgado de terror.

El caminar de perfil es como una maldición de lo que no puede ni avanzar ni retroceder. Así dentro mío se remueve todo lo que no pudo ser y no tuve el coraje de dejar.

Pero ya a fuerza de ser la desolación misma no la siento. El dolor que se sobrepasa es seriedad.

Y de golpe las pequeñas bestias que son el dolor ansioso de ser, que no puede más que perderse en su voluntad obtusa, han dado frente al oca. Dos manazas ridículas y chambonas de piedad cubren el pecho y el misterio de una oración inefable, aclara el paisaje, como un amanecer de gotas de carne rosada. Y como tam-



Bajorrelieve

Antonio SIBELLINO

bien en mí nace el canto de mi florecimiento, más allá del dolor, alzo la vista al cielo, que ya es noche y me refresca con el agua de todas sus lágrimas de luz.

Vuelvo mi caballo hacia las casas y ando.

¿No podré caer en el cangrejal?

Eso significaría ser roído hasta los huesos en diez segundos.

¿Miedo?

¡Soy demasiado fuerte para tener miedo!

"Dos Talas", 1921.

## Fabián Tolosa

Fabián Tolosa se ha ido.

¿Por qué?

Hace cinco años tuvo un pleito corto. Lo habían golpeado.

Por segunda vez lo atacaron de atrás con una horquilla. Se dió vuelta, cuchillo en mano, y estaban tan cerca que la hoja llamó al retirarse un derrumbe de grasa y tripas.

Era sincero, después, al defenderse. Lo habían buscado cuando él nada quería de peleas, ni bebía, ni usaba siquiera un vocabulario imprudente. Guñe, en verdad. Me empeñé en sacarlo de la cárcel. Gran trabajo fue conseguirlo y los amigos se amparaban en el deber.

Ahora poco, Fabián ha renovado su desgracia: cosa de mujeres. Había encontrado un hombre donde uno no debe encontrarlo. La mujer no

sería suya, pero era en su casa.

No los maté por poco.

Sangre, hospital, prisión. Una mala historia. Fabián se quedaba anonadado ante su destino; él, que ni bebía, ni gustaba pelear, ni usaba siquiera un vocabulario imprudente.

Movía a compasión su desesperanza. Pudimos probar el atropello y la provocación del muerto al par que la honestidad y valía del preso.

Ayer me dijo:

—Me están entrando ganas de dírme, patrón.

—¿Por qué? Nadie te reprocha tu mala suerte.

—Es la segunda, patrón, y no se dirá que Tolosa lo va a comprometer la tercera.

Se ha ido. La mujer que sanó en el hospital también.

¿Qué significa todo esto?

¿Tolosa — me pregunto — era un inocente forzado por los hechos o dejaba en la ocasión que se le alargara la mano?

Me puedo cansar preguntándomelo.

Lo cierto es que deja dos guachos. Pienso criarlos.

Cuando sean grandes, inquietados por gente malévola, querrán tal vez saber si su padre era un desgraciado o un asesino.

Y tendré que explicarles, de modo que en ellos no queden dudas, lo que yo mismo no sé.

Tenía una cara apacible, hablaba muy poco y era fuerte como un alambre en el trabajo.



# LIBROS

por Córdova Iturburu, Carlos Mastronardi, Ulises Petit de Murat, Ricardo M. Setaro, Leonardo Estarico y Emilio Villalba Welsh.

Evaresto Carriego, por Jorge Luis Borges. — Un conciso libro acerca de Evaresto Carriego, Palermo, los guapos, el truco y las inscripciones de los carros (estos dos últimos fragmentos ya conocidos) ha escrito Jorge Luis Borges. El estilo es el de siempre: original y ajustado, un estilo que a veces se pierde en minuciosidades por la búsqueda apasionada de la exactitud en la expresión. El horror al lugar común, siempre sustituido por terminología desacomodada, la inclusión de palabras poco frecuentes y en realidad apenas valdeadas en la lengua local, sus citas inglesas al lado de la temática de barrio, nos muestran un procedimiento intelectual muy definido y un retocado casi infinito de las frases.

Esta obra no significa ni remozamiento ni evolución en Borges. Escritor nato, cuyo mejor decoro en su obra, estas últimas anotaciones sobre Evaresto Carriego vienen a colocarse dignamente entre sus libros anteriores. Lo informan carnosas manías, noble ternura por lo verdaderamente nuestro de Buenos Aires, que él sabe sentir como ninguno. Compartimos su gusto por las caminatas, ponientes, canitas criollas petizas, patios y cielos de los arrabales, y su excreción a lo pomposo, a Salaverría, a Virasoro con sus eternos cubos de piedra y a los guarangos de bronce que se han situado en una inmortalidad placera.

Reconocemos muchos aspectos de la fuerte personalidad de Borges, en su descripción de Carriego. Esta exigente personalidad, que todo lo trasciende, está plenamente presente en cada una de las líneas de su último libro.

U. P. de M.

El alma que se apresuró, de Ricardo Setaro. Editorial "Urbe", Bs. Aires, 1930. — Un libre juego de abstracciones informa el dichoso contenido de este volumen. Ricardo M. Setaro realiza lo inverosímil y equívoco deliberadamente los conceptos de espacialidad y de tiempo. Los personajes, movilizadas graciosamente son meras esquemas o pretextos destinados a desenvolver situaciones novelescas. La valiosa humorística de Setaro no persigue hallazgos parciales sino que brota de la propia acción de los arquetipos presentados.

Un alma que se anticipa a su viva realidad — alma inexistente para los otros — ambula por uno de los mejores cuentos de Setaro. "Sueño de sueño" es una hermosa página fundada en los misterios oníricos. Guermindo Dada, el no determinista, el hombre que no se conchavó como cadáver, confirma un gusto literario en que no se advierte ninguna intención de finalidad. Lo humano trabajado por lo contingente y fricción aventurera, aparecen, en todo caso, como las representaciones últimas de su literatura.

Este es un libro de gratas irrealidades. El buen humor no se abate con el fracaso de los sujetos inventados. Setaro sabe que a la larga los perdedores tienen razón y se salvan. Las vidas escritas por Setaro nos enseñan que todo mérito se mide por las innumerables cosas sacrificadas en pro de una sola y conseguida.

Otras veces Setaro desarrolla chistes y ocurrencias de muy escaso destino. Pero la modestia de tales asuntos no entorpece su costumbre de alegrar.

C. A. M.

Suburbio mío, por Arturo Cambours Ocampo - Samet, 1930. — Pertenece el caballero autor de este libro a un numeroso grupo de intelectuales que sustituyeron en su infancia el estudio del "Veo y Leo", por el del "Veo y Escribo". Caso cooperado de mimetismo literario, baraja un material recolectado por la poética actual, ignora inefablemente el espíritu que informa el arte nuevo, al que rinde un visible homenaje en arbitrarias minúsculas; y al conjunto de sus equivocaciones edilicias le llama poemas.

Sin embargo, no todo merece crítica: el espíritu dadaísta del señor Arturo Cambours etc., craciosamente ágil, se demuestra en el anuncio de una edición de lujo, limitada, en maravilloso papel, de este libro, como asimismos en la inclusión de curiosas fotografías del barrio chino de New York, obtenidas por ese delicado espíritu que es Jorge Arancibia.

U. P. de M.

El agua en sombra, poemas por Augusto Santelices. Santiago de Chile, 1930. — Libro todo de imágenes, éste de Augusto Santelices parecemos una antología de sus inquietudes; así comprendiéndolo el autor nos lo ofrece clasificado cronológicamente y vemos en su primera parte (1925), predominar la emoción y abundar la tristeza, la lucha del poeta por ser él, por zafarse del recuerdo fresco aún de alicnos clásicos. Leyendo "Mujer, no vengas nunca" no podemos olvidar a Manrique. Entre los poemas más personales se destaca "El amigo" del que es grato recordar esta línea:

...y llevaba dos bueyes dormidos en los ojos.

El ultráismo se apodera luego de Santelices. Llega entonces la marea de imágenes: apenas visuales unas, válidas las más. El acento del poeta se desplaza: ahora predomina el optimismo, la alegría. El amor y la belleza le preocupan:

La luna infantil en la cuna del agua como tu recuerdo entre mis brazos, y las estrellas, grandes lágrimas, colgando en la llorosa sonrisa del estero.

Esta benéfica evolución se va acentuando hasta el final del libro, donde el serio valor poético de Santelices justifica netamente su inclusión al lado de Neruda, la Mistral y los otros buenos poetas chilenos. Qué menos decir de quien escribe:

...yo solo llevando en alto, cuidadoso, las [manos] que inundó tu fragancia, dos ramas de cerezo...

En este final del libro parecemos que Augusto Santelices ha refundido sus preocupaciones de antes: amor y belleza; ahora ama la belleza, corre tras ella y se entrega. Por ello es que creemos que "El agua en sombra" no es más que una jornada de depuración de un gran poeta.

R. M. S.

Los 7 locos, novela de Roberto Arlt. Edic. Rosso, Bs. Aires, 1929. — En oposición al campo, verdadero protagonista de la narrati-

va argentina anterior a 1923, la ciudad y el hombre son los materiales con que trabaja la última generación literaria. En "El juguete rabioso", primer libro de Roberto Arlt, Buenos Aires puede contemplarse, por fin, limpia de adornos de aineite, de pintoresco convencional. Pero en su segunda novela, "Los 7 locos", la ciudad deja de ocupar el primer plano y cede su lugar al hombre. El panorama urbano le sirve de fondo y cuando el fondo se adelanta y cobra color y formas es para subrayar o destacar, por semejanza o contraste, un estado de espíritu de un personaje.

Si en cuanto a la técnica novelesca — imitación de la vida en la presentación sucesiva y aparentemente desordenada de aspectos psicológicos acordes o contradictorios — puede hallarse analogía con el procedimiento de Dostoyevski, no es posible admitir su influencia en lo que se refiere a los personajes. Los de Arlt son argentinos, insospechablemente argentinos. Su complejidad no les disminuye su condición de tales ya que la complejidad no es una característica exclusiva del alma rusa sino de la del hombre bajo todos los climas.

En los personajes de Arlt, además, hay aspectos capitales de su vida interior que no sólo los sitúan dentro de los límites de nuestro país — y en particular dentro de Buenos Aires — sino que iluminan y reducen a sus términos estrictos el problema de nuestra carencia de vida interior y de despreocupaciones espirituales. La desventura de los hombres que atraviesan el ámbito de su novela no proviene de otras circunstancias.

Escrita en la forma desaliada que es corriente en su autor no es posible aprobar, tampoco, alguna que otra escena en que la fidelidad realista perjudica la dolorosa armonía espiritual del libro.

Pero, con "Los 7 locos", Roberto Arlt afirma de modo que no deja lugar a dudas, sus condiciones excepcionales de novelista en un país donde la novela sólo ha sido, hasta ahora, réducto de lo convencional y destilería de evanescencias.

C. I.

Nuevo Teatro Argentino, de Antón Guilio Bragaglia. — El sonido intermitente de una campanilla anuncia la iniciación del espectáculo. Se levanta el telón. De la fosa del apuntador — con un sigil salto — se ubica en el centro de la escena un hombrecillo delgado, nervioso, que descubre debajo de su nariz dos signos de interrogación. El espectador que está a mi lado exclama alborozado: "Es Antón Guilio Bragaglia, el famoso animador del teatro de vanguardia!" El público, ¡ay, ausente! permanece impermeable. Para muchos argentinos la estado de este dinámico renovador fue una tormenta de verano. Pero no es Bragaglia de los que se avienen a la moliente circunstancia, por eso se lanza a la conquista de nuestro ambiente con un libro que denomina Nuevo Teatro Argentino. No es obra de teorizante, sino de realizador y como tal quiere infundir a nuestro teatro — llamemos así los engendros que pedantemente se lucubran en los escenarios porteños — que los autores llaman pomposamente teatro de ideas, teatro elevado, teatro artístico, vagos remedos de formas extrañas, ya exhaustas, — quiere infundir, decimos, su afán de curiosidad y renovación.

Lo que Bragaglia sugiere — entre otras proposiciones no menos interesantes — es aprovechar el aporte de teatro popular y el circo por ejemplo. El cultivo de lo dialectal (si supiera que carecemos de idioma) como puntal propicio a un florecimiento escénico y la creación de una atmósfera puramente teatral sin adonamientos literarios, ajenos o perjudiciales a la función escénica en sí.

Es decir, un poco de higiene y otro poco de honestidad.

Si aspiramos a que este libro no sea un libro más, si aspiramos a que no resulte una simple disquisición sobre un tema arduo, es urgente que el teatro experimental argentino sea un hecho y no una hipótesis, es urgente que las personas de buena voluntad, estoy convencido existen, contribuyan a salvar obstáculos.

Es el único atenuante que nos justificará ante el autor de este simpático libro.

L. E.

L'He magique, por W. B. Seabrook. Versión francesa de Gabriel des Hons (Pirmis-Didot et Cie., Editores, Paris). — Luc Durtain, Georges Duhamel y sobre todo Paul Morand, con sus incursiones y sus libros sobre América del Norte, han despertado en el público francés el gusto y el interés por la literatura americana.

Después de la aceptación unánime del "Babitt" de Lewis, las traducciones se han intensificado en poco tiempo. "La isla mágica" ha conocido un éxito envidiable.

Libro extraño éste, donde lo típicamente americano no existe. Sólo trasluce el ferrocarril culto del primitivismo en un espíritu moderno. La isla de Haití es verdaderamente una isla mágica, enterrada bajo el estruendo de la civilización; con religiones misteriosas y tremendas; con personajes fabulosos y grotescos. Todo un mundo ignorado, revelado en un gran libro, en un "libro sin fronteras". La traducción hace honor al original y está prefaciada con inteligencia por Paul Morand.

E. V. W.

viau y zona libros antiguos y modernos ediciones de lujo de obras argentinas novedades por todos los correos "antigüedades" florida 641 u. t. 31 - 3354 buenos aires

# ARGENTINA

Se imprime en los talleres gráficos "COLON" de Francisco A. Colombo, San Antonio de Areco Sucursal: HORTIGUERA 552 - Buenos Aires



Casi puede afirmarse cuando un fumador está paladeando un POUR LA NOBLESSE ESCUDO COLORADO. Y es que, la satisfacción que este cigarrillo proporciona, se transparenza en el rostro.

## POUR LA NOBLESSE

20, 30, 40 y 60 cts

PROFESIONALES

CLDOMIRO CORDERO ABOGADO

HECTOR P. RIOS ABOGADO

CORRIENTES 2593 U.T. 47-Cuyo, 2811 TUCUMAN 731 U.T. 31-Retiro, 1342

# SALA WAGNERIANA

FLORIDA 936

Se alquila para Conciertos, Conferencias, etc.

Administración FLORIDA 936

de 10 a 12 y de 14 a 18 horas



## C. BECHSTEIN

Representantes Exclusivos FLORIDA 431 IRIBERRI, BELLOCCO & Cia. BUENOS AIRES